

LOS  
ANTEOJOS



FRANCISCO

*Cuento de Navidad*



Pastoral UC







## PRESENTACIÓN

Nochebuena. ¡Nace Jesús! Testigos de la mirada de Francisco, sus anteojos van recorriendo cada figura de un pesebre que el Papa ha preparado durante el año. A veces logran ver con especial luminosidad. En otras ocasiones se empañan ante el rostro de dolor de algunos peregrinos que se dirigen a Belén. Pero siempre son capaces de descubrir algo, de mirar de un modo nuevo y de hablar al corazón de los niños.

Con mucha alegría, ponemos a disposición de nuestra comunidad universitaria un cuento dirigido a la familia, que busca ayudarnos a caminar a Belén para ser testigos de la “buena noticia” del nacimiento de Jesucristo. Inspirado en los mensajes del papa Francisco busca también acercarnos a su persona y a sus principales enseñanzas, como una forma de esperar su próxima visita, que llena de esperanza a nuestra Patria.

Les deseo una muy santa Nochebuena y Navidad, que el niño Jesús inunde de bendiciones, alegría y paz sus corazones y el de sus familias.

**+Cristián Roncagliolo**  
Obispo auxiliar de Santiago  
Capellán General UC

**Recorta aquí tus anteojos para leer el cuento.**

---





LOS  
ANTEOJOS



DE  
FRANCISCO  
*Cuento de Navidad*





# Los anteojos de Francisco son mágicos...



Pero no siempre. Su magia sólo funciona una vez al año: en Navidad. Es un secreto del papa Francisco, no lo vayas contando por ahí. Lo descubrió una noche en que se puso los anteojos para rezar frente al pesebre. Entonces sucedió algo increíble: ¡los personajes de Belén cobraron vida!

Imagina una fría noche de invierno en Italia. Ahora escucha el eco de las campanas del Vaticano: talan, annn. Recién ha terminado la misa del gallo, que anuncia el nacimiento de Jesús. Ahora mira el suelo. Cuidado, está resbaloso; ha llovido mucho. Con las gotas de agua, los adoquines parecen espejos. ¿Ves el reflejo de unos zapatos negros? ¿Y dices que descubriste algo blanco? ¡Claro! Es la silueta de un hombre de 80 años que lleva una sotana blanca. Sí, es el papa Francisco. O “Francisco”, como pide que le llamemos.

¿Y hacia dónde va Francisco? Camina de regreso a su habitación. ¿A qué? Pues a dormir; los papas también descansan. Pero antes de terminar este laaaargo día, rezará frente a su pesebre, un pesebre que preparó durante todo el año. Y no creas que le fue fácil... Varias noches tuvo que partir, con linterna en mano, hacia los jardines vaticanos. Ahí encontró piedras, espigas, agua para los animales, pastizales, frutos secos. También destinó muchas horas a confeccionar las figuras. Si te contara el tiempo que invirtió en sus ovejas, no me lo creerías. Lo mismo la estrella, sería un lío narrarte las dificultades que tuvo para recortar las puntas del astro. Pero por fin, su Nacimiento está listo.

Mientras el Papa se pone los anteojos, se acuerda del día en que los fue a comprar a una tienda y lo descubrió un niño. “Mamá mira, ¡el papa Franciscooo!”. El chiquillo gritó con tanta energía que todos los que caminaban por las calles vecinas corrieron a saludarlo. Francisco vuelve a sonreír y respira profundo. ¡Qué extraño es ser famoso! A veces echa de menos caminar por las calles de Roma sin que nadie lo reconozca, andar en micro o comer pizza con pepperoni. ¡Qué gran responsabilidad le ha confiado el Señor!



## Sus ojos miran al burro...



¿Te han llamado “burro” alguna vez? Claro, a todos nos ha pasado. Porque si hay alguien porfiado y obstinado es el burro. Que primero va contento, que luego no quiere avanzar porque se le ocurrió tomar agua, que le dieron ganas de corcovear, aunque toda la carga salga volando... Así son.

Pero a pesar de ser tan sumamente “burro”, el burro de Belén recibió el encargo más grande: llevar a María y José hacia el albergue donde nacería el Niño Jesús. “¡Qué suerte la suya!”, piensa el Papa. “Jesús, yo también quiero ser tu burrito, para llevarte en mis ancas hasta los confines del mundo”.



# Los anteojos de Francisco se distraen con el lobo...



¿El lobo? Sí, el pesebre del Papa tiene un lobo. Y a su lado está san Francisco de Asís, quien no va a ninguna parte sin su mascota. Pero no te asustes, lo tiene bien domesticado. Pero ¿por qué están en el pesebre del Papa? Te lo explico de inmediato.

“Jorgito”, como los padres del papa Francisco llamaban a Jorge Mario Bergoglio, quiso cambiarse el nombre cuando fue elegido Papa. No podía ser el papa Jorgito, ¿verdad? Quiso llamarse “Francisco” porque quería parecerse a san Francisco de Asís. ¿Y quién fue san Francisco de Asís?

Ponte tus anteojos y retrocedamos en el tiempo. Estamos en el siglo XII. ¿Ves los castillos medievales? Detente en uno de ellos, el de la aldea de Asís, situada en una colina. Entremos en él. Paciencia; tendrás que subir por una empinada escalinata circular que parece nunca acabar. Has llegado a una fría habitación. Un muchacho, Francisco de Asís, persigue a un animal que se esconde entre géneros de colores. Es hijo de un rico vendedor de telas.

De pronto, escucha una voz: «Francisco». ¿Quién le habla? Comprende que es Dios. «Francisco, reconstruye mi Iglesia», vuelve a escuchar. “¿Me estará pidiendo que repare los muros del templo, que se agrietaron con el último temblor?”. No, Dios le pide algo más: quiere que sirva a la Iglesia, su familia en la tierra. San Francisco no lo piensa dos veces. Ese día deja sus riquezas y dedica su vida a la oración y a servir a los más pobres.

Hoy el papa Francisco quiere imitar a su patrono. Nos pide ser una Iglesia con las puertas abiertas de par en par. Y nos invita también a cuidar la creación, en la cual los dos Franciscos descubren la presencia y ternura de Dios.



# Los anteojos del “papa de la alegría” miran al ángel...



Ha bajado a la tierra y está frente a los pastores. Se le ve muy nervioso. “Le-le-le-le-lesa-lesa-lesanun-lesanuncio-lesanunciouna-una gran”... ¿Qué estará tratando de decir? El ángel tartamudea de pura felicidad. Los pastores no entienden nada. Pero por fin, escuchan la noticia:

«Les anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, les ha nacido un Salvador».

“¡Que suerte tuvieron los pastores!”, piensa el papa Francisco. “¡Fueron los primeros en saber que había nacido el Niño Jesús!” ¿Por qué ellos? Porque eran los últimos. Eran los marginados o excluidos de su tiempo; nadie los conocía, nadie se preocupaba por ellos. Pero Dios, que es Padre, quiso que fueran los primeros en conocer la noticia del cielo.

Como ellos pasaban la noche despiertos para cuidar sus rebaños, tenían el corazón abierto y vigilante. Y por eso pudieron escuchar lo que el ángel quería decirles.

La Virgen María también eligió a unos pastorcitos hace 100 años atrás: los pastorcitos de Fátima. ¿Conoces a Lucía, Francisco y Jacinta? Pero esa es otra historia...





## Un numeroso grupo de ovejas capta la atención de sus ojos...



¡Qué lindo rebaño! Es la Iglesia, que camina tras su Buen Pastor, como se llamaba a sí mismo Jesús. Con gran paciencia, Francisco empieza a contarlas; ha hecho 100. Las confeccionó con restos de lana, deshaciendo una bufanda azul que le tejió su abuela Rosa cuando era niño. Por eso las ovejas del Belén de Francisco son azules.

Decíamos que hizo 100. ¿Por qué entonces hay 99? “Debo estar distraído; tendré que contar de nuevo”, piensa. Pero luego descubre que una ovejita se oculta tras una roca. Está sola, tiritando de frío, parece tener miedo. Entonces Francisco la estrecha entre sus brazos y la sitúa sobre los hombros del pastor, quien queda con olor a oveja.

Ninguna se puede perder. Ninguna puede quedarse a medio camino. Habrá que ir a su encuentro de forma personal, para que la familia de Dios sea tan numerosa como las arenas del mar. Las irá a buscar una por una, llegando hasta las periferias, hasta los lugares más lejanos, sin esperar que ellas vuelvan por sí mismas, porque las ovejas son muy pero muy distraídas...



# Una intensa luz penetra el cristal de sus anteojos...



Encandilando su mirada. ¡Es la estrella! El más brillante de los astros que decorará el firmamento y que una noche atrajo la atención de tres sabios de Oriente. Francisco divisa a Melchor, Gaspar y Baltasar. En pleno desierto. Con sed. Por única compañía, sus camellos. Algo aburridos, discutiendo una y otra vez respecto al nombre de las constelaciones del firmamento.

Esperando... En su época se les llamaba “sabios” porque conocían las ciencias y la astronomía. Pero su mayor sabiduría estuvo en que supieron “esperar”. Sabían que pronto nacería Dios, el Salvador, que traería la luz al mundo. Y por eso, cuando una estrella empezó casi a saltar sobre sus cabezas, su fe les ayudó a comprender que era la señal: ¡en algún lugar del mundo había nacido el Salvador!

Sin pensarlo dos veces, montaron sobre sus camellos y emprendieron un largo viaje, entre áridas montañas y tormentas de nieve, hasta que «la estrella se detuvo en el lugar donde estaba el niño».

¡Qué gran sorpresa se habrán llevado los Magos al descubrir que su esperado Rey eligió nacer en un establo! Sin calor, lo calientan los animales. Sin luz; ilumina la estrella. Sin abrigo, más que unos pañales y el amor de sus padres. Están ante un verdadero milagro: el milagro de la santa humildad.

Emocionados, se arrodillan ante el Niño y le entregan sus dones: oro, incienso y mirra. Su regalo también consistirá en proteger a su pequeño Rey. Preocupados, avisan a José que el malvado Herodes quiere matar a Jesús, porque sólo él quiere reinar en el mundo.



# Sus anteojos contemplan a los santos esposos...



María y José. Pese a la indescriptible felicidad que irradian junto a su hijo recién nacido –a quien han puesto el nombre de Jesús– están preocupados. Rápidamente lo envuelven en pañales, dan de comer al burro y se ponen en marcha hacia Egipto. Atrás dejarán su casa, su familia, su tierra de Israel.

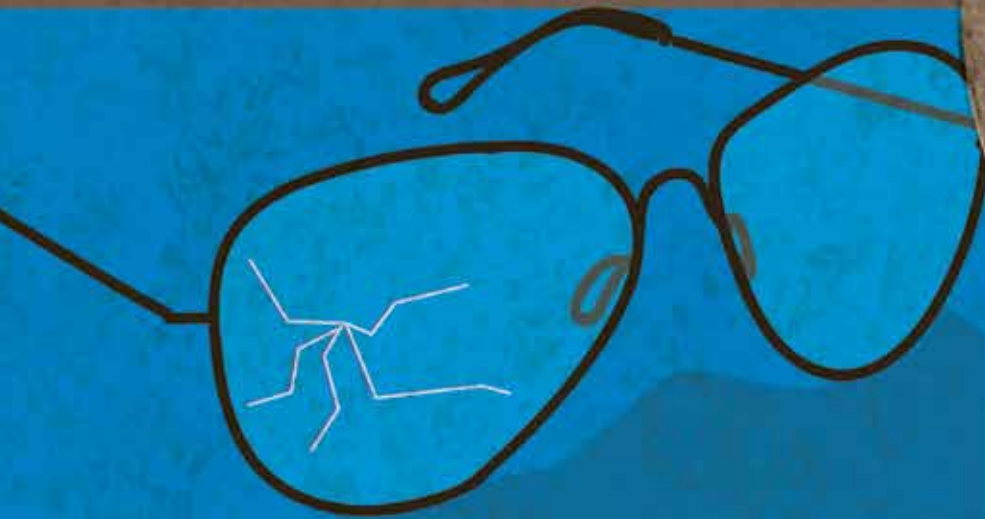
María y José serán así los primeros migrantes.

Los migrantes son personas que están viviendo situaciones muy difíciles en sus propios países, como guerras o tiempos de hambre. Y por eso tienen que dejar su patria para buscar refugio en otro país, al que se dirigen con la esperanza de encontrar condiciones de vida más dignas.

“¡Con cuánto cariño y hospitalidad debiéramos tratar a los migrantes y refugiados!”, piensa el Papa, mientras recuerda el sufrimiento de tantas familias y niños que han dejado su hogar. “¡Pensar que en cada uno de ellos descubrimos los rostros cansados de María y José!”.

Francisco también recuerda a sus abuelos, Giovanni y Rosa, y a su padre Mario, quienes a principios del siglo XX tuvieron que decir adiós a su tierra italiana para emigrar en barco hacia Argentina, donde él nació.

El Papa está triste. Sus anteojos se empañan...



# Con un pañuelo, desempaña los anteojos y los deja sobre la mesa...



Le ha dado sueño. Son ya las 2.00 de la madrugada y él se despierta puntualmente a las 4.00. ¡Lleva casi 24 horas despierto! Es que la misa del gallo duró más de lo pensado. Pero la disfrutó tanto. Se hubiera quedado toda la noche adorando al Niño al son de los villancicos, especialmente Noche de Paz. ¿Lo conoces?

Porque la música es uno de sus grandes hobbies, junto al fútbol. Esto viene de su familia: como un ritual, todos los sábados escuchaban la ópera que tanto gustaba a su mamá. Y todos los domingos iban los cinco hermanos Bergoglio junto a sus padres al estadio, esperando el triunfo del San Lorenzo.

Sus oídos se sobresaltan: algo ha chocado contra el ventanal. Es una paloma blanca que, empapada por la lluvia, parece querer entrar. ¿Qué hace Francisco? Abre su ventana, sin importarle que los goterones empapen sus discursos o escurran entre sus gastados zapatos. El ave da dos vueltas por la habitación y finalmente se posa en la cuna del Niño Jesús. Sorpresivamente se secan sus albos plumajes.

En ese momento el Papa piensa en su próximo viaje a Chile y se le ocurre una gran idea: –¿Quieres ser mi paloma mensajera? –le pregunta–. Anda, vuela hasta los confines de América y lleva a cada niño chileno el siguiente anuncio: «Mi paz les doy». Cuéntales que se los dice el mismo Jesús. En pocos segundos la paloma ya estaba viajando rumbo a Chile. Porque las palomas son muy pero muy inquietas.

Tras este incidente el Papa toma entre sus manos la pelota que le regaló la selección argentina. Un bote, dos, tres. Debe permanecer despierto. Aún le falta contemplar al protagonista de Belén. Cuarto bote. No lo piensa; sólo le pega despacio a la pelota, aprovechando su experiencia de delantero... (recuerda que de niño jugaba fútbol todas las tardes con sus amigos del barrio). Quinto bote. La pelota toma vuelo y de un salto cae justo sobre sus anteojos, quebrando el cristal derecho.

¡Qué desastre! ¡Si apenas tenían tres meses de uso! No le queda más que reírse. ¿Tendrá que ir de nuevo a comprarlos? ¿Acaso habrá alguna oveja distraída entre las vitrinas de las tiendas que se ha olvidado del verdadero sentido de la Navidad? Se toma las cosas con gran sentido del humor.





# Toma en sus brazos al Niño Jesús y de rodillas...



Cierra los ojos. Sus anteojos se han trizado; intentará ver la luz de la fe. Y en el silencio de la Noche Santa, toc-toc. Alguien llama a su puerta. Se levanta para ver quién es y abre la puerta, pero sólo encuentra un vacío corredor. Vuelve a hincarse ante su pesebre. Vuelve a cerrar los ojos. Toc-toc. Nuevos golpes. Los escucha muy adentro, en el corazón. Con discreción, en silencio, de forma casi imperceptible. ¿Los sientes tú también?  
¿Quién será?

¡Es Dios! Pide albergue.

¡Es Dios! Quiere nacer en su corazón, y en el tuyo.

¡Es Dios! Pide entrar en su historia, en nuestra historia.

Francisco recorre el pequeño establo de su alma. “¿Será un lugar digno para que nazca nuestro Dios?” Cree que no. Pero luego comprende...

Dios cuenta con nuestra pobreza para regalarnos su misericordia. Dios no mira nuestras debilidades, sino que pide nuestro amor. Por eso se hace Niño. El Niño de la Misericordia.





Créditos:

Autor: **María Luisa Lecaros**

Ilustración y diseño: **Paula Pérez de Arce**

Edición: **Luis Felipe Alliende**

2017 | 4.000 ejemplares

Av. Libertador Bernardo O´Higgins 340

Santiago, Chile

+(56 2) 23544749

pastoral.uc.cl

